

Capítulo 30 - Luces pálidas

- Capítulo 30 - Luces pálidas

Capítulo 30 - Luces pálidas

Al otro lado de la puerta no esperaba una prueba, sino un túnel.

Esmiradamente estrecho y húmedo, los condujo durante quince minutos, en ocasiones con una inclinación tan pronunciada hacia arriba que algunos resbalaban sobre la piedra lisa y rodaban de regreso unos sobre otros. Fue un alivio cuando emergieron en un paraje abierto, adentrándose en una especie de extraño jardín acuático. Parecía un gran estanque con islas de piedra que trazaban un sendero a través de él, pero las aguas resultaron ser insondablemente profundas. Además, el sendero en sí era a veces precario, ya que pronto comprendieron que las 'islas' en realidad eran la cima de columnas que surgían de las profundidades, algunas erosionadas por el agua.

Cuando una de ellas se desplomó, Lady Acanthe cayó al agua, comenzando a hundirse casi de inmediato.

Si Master Cozme y Shalini no la hubieran sacado, bien podría haberse ahogado. Lo que aún preocupaba más era lo que Acanthe Phos les aseguró: que era una nadadora experta, pero que el agua se sentía anormalmente 'pesada'. La comparó con intentar nadar en melaza.

Todos estaban aliviados por haberse librado del lugar, aún más cuando la última isla los llevó a un camino en ruinas del Primer Imperio, que, salvo algunas piedras sueltas, no presentaba peligro alguno. Dos oportunidades para desviarse a la izquierda del camino los llevaron directamente a callejones sin salida; uno de ellos fue un extraño santuario de piedra negra cuya puerta cerrada fue, afortunadamente, bien recibida, y tras recorrer otra hora caminar lograron llegar a la cima de unas escaleras empinadas. El final del camino era lo suficientemente ancho para que casi todos pudieran vislumbrar la silueta lejana del templo-fortaleza, que impresionó a la mayoría en silencio.

Algunos, al menos.

“No me importa lo que digan los negros de capucha, eso no es un templo,” anunció Zenzele Duma. “Izad una bandera y lo único que falta son los pies de Izcalli para dispararles.”

“Haré una bandera si logras que Xical se quede quieto,” ofreció Lady Ferranda.

Angharad no estaba divertida, porque sería una conducta ruin por su parte bufar ante un humor tan vulgar.

Sólo había estado aclarándose la garganta.

Sin embargo, Zenzele tenía un punto. Ferranda había descrito su destino como un 'templo-fortaleza', pero lo que Angharad contemplaba se inclinaba claramente hacia la segunda palabra. Escaleras tan ásperamente talladas que apenas se notaban descendían una pendiente abrupta durante al menos unos cientos de pies hasta llegar al fondo de una caldera. O eso parecía, porque

a su alrededor, cientos de santuarios destrozados amontonados unos sobre otros formaban algo incomprensible: una cacofonía de religiones rotas, un muro cuya cada ladrillo era el espectro de alguna promesa antigua.

Le inquietaba contemplarlo demasiado tiempo. La cantidad de santuarios que se alzaban hacia el cielo, un monumento a los lamentos silenciados, empapados en la luz dorada del firmamento superior. Era un cementerio de espíritus, y su silencio absoluto era más amenazador que cualquier coro de lamentos.

Desde el centro del fondo de la caldera surgió el prometido templo-fortaleza. No tenía la forma de las fortalezas modernas —estrellas, ángulos y baluartes— ni siquiera la de antiguas fortalezas con torres y altas murallas. En cambio, era una estructura de niveles, con muros completamente rojos y formas circulares que se entrelazaban como una pila improvisada de platos que se equilibran de un lado a otro. Contaba con ocho niveles y aproximadamente el doble de círculos de diferentes tamaños, siendo los más anchos y altos en la base, que se estrechaban a medida que subían. En la cima del nivel más alto una pequeña torre de la misma piedra roja se alzaba, conectada a un estrecho puente de piedra que unía con la cima de los acantilados circundantes.

El camino hacia adelante, presumiblemente hacia la Carretera de Peaje que Ferranda había afirmado que era el último tramo del laberinto.

“He visto ese tipo de piedra antes,” compartió Shalini Goel. “Mi familia proviene del sur de Mahabhara, y las ciudades en la costa del río Arama la usan para todo.”

Angharad conocía al menos uno de esos nombres: Mahabhara era una de las grandes potencias dentro del Imperio Someshwar, cuyos reyes solían enfrentarse con los de Varaveda y otros rivales menores por quién debía reclamar el cetro del Maharaja—y con él, la autoridad para gobernar todo el Imperio Someshwar, al menos en papel. Los someshwari eran un pueblo notoriamente propenso a disputas.

“Pensé que tú eras Ramayan,” dijo Yong.

“Lo soy,” le aseguró ella. “Los Goel son comerciantes, cuando expandimos hacia Ramaya, un rango de la familia se asentó allí. Yo misma nací allí.”

Ah, pensó Angharad. La naturaleza de los lazos entre la casa del Lord Ishaan y los comunes Goel quedó finalmente clara. Los comerciantes debieron haber buscado la ayuda y protección de los nobles locales al establecerse allí, como era lo correcto. Aún más apropiado era que tales vínculos condujeran a que los Goel proporcionaran un protegido y un asistente a alguien de la línea Nair, fortaleciendo los lazos entre nobles y un súbdito acaudalado. Era importante, siempre le había dicho su padre, mantener buenas relaciones con los ricos que habitaban en tus tierras.

“Fascinante,” interrumpió Lord Remund, con un tono que indicaba que no lo encontraba en absoluto interesante. “¿Podríamos quizás atender a la fortaleza delante de nosotros?”

“Es información útil,” respondió Brun con suavidad. “Significa que el dios que allí habita podría ser del Someshwar.”

“No recuerdo haber pedido tu—” empezó Remund, y Angharad intervino.

Apurando la garganta, alzó la voz por encima de la suya.

“Debemos ponernos en marcha,” dijo la dama noble. “Las escaleras parecen peligrosas, así que tendremos que tener cuidado al bajarlas.”

Habían tenido suficiente descanso de admirar, por lo que la sugerencia fue aceptada sin discusión. Nadie quería pasar demasiado tiempo aquí cuando todavía había un asesino escondido entre ellos, mucho menos pasar una noche fuera de casa. Lord Zenzele tomó la iniciativa, con Lady Ferranda ofreciéndose a ir detrás de él. La pareja había estado junta en esa misma plataforma inestable anteriormente, logrando que no se derrumbara con un ligero desplazamiento de peso, y desde entonces habían estrechado lazos. Angharad apenas pensaba que sus penas fueran iguales—Zenzele había perdido a su amante y a su tía, mientras Ferranda solo a una cercana ayudante—pero no se podía negar que el dolor compartido existía. Se habían formado amistades con menos. Ella misma seguía detrás de Ferranda, y Lord Ishaan, a su vez, ocupaba el espacio detrás de ella.

“Qué noble vanguardia tenemos,” dijo Yong con sarcasmo.

Se produjeron algunas risas, y Angharad se sintió algo aliviada cuando Yaretzi se ofreció a ser la siguiente antes de que Shalini intentara intervenir. No lo había notado antes, pero era cierto que entre ellos los nacidos entre nobles tendían a tomar la iniciativa. Sin embargo, los capitanes habían llegado a su fin, y ahora una presunción automática de liderazgo no estaba exenta de riesgos. Poco quedaba del antigua tripulación en la actitud del grupo, y confiar en esa estructura sería un error.

Por más difícil que parecieran las escaleras, en la práctica eran mucho peores. No solo eran estrechas—demasiado pequeñas para que cabiera toda su bota—, sino que además eran cortas, muchas y serpentinas. Angharad debía estar cuidadosa en cada paso, sin perder nunca la atención, y la carencia de barandillas era desconcertante. Si alguien caía, no había nada que lo detuviera. Al menos medio kilómetro de esa ardua labor, rodeada por los acantilados que se extendían en sus lados, sería agotador. Por acuerdo tácito, comenzaron a hacer pausas con regularidad, distribuidos en diferentes tramos de las escaleras, y uno de esos momentos de descanso fue cuando Lord Ishaan se acercó a ella.

"Me ha ocurrido", dijo el hombre de mejillas rechonchas, "que apenas hemos tenido ocasión de conversar desde que se descubrió el cuerpo de Aines."

El ángulo en que se encontraba ocultaba su cicatriz, devolviéndole la sombra de la expresión suave que había tenido al inicio de los juicios. Angharad lo observó detenidamente. Saber por Lady Ferranda que había planeado enviar a cinco de ellos hacia lo que posiblemente sería su muerte—no solo Tupoc y Ocotlán, sino también los indignos, Lan, Aines y Felis— no le había granjeado buena voluntad hacia él. Tampoco le había gustado que ella hubiera atravesado una parte más profunda del laberinto en lugar de llegar a la salida, ni que él hubiera querido mantenerla en la ignorancia al respecto. No, esa última parte era injusta. Solo asumía, tal vez él había planeado de otra forma.

Pero a Angharad no le pasó desapercibido que pocos en la tripulación de Lord Ishaan y Shalini parecerían querer quedarse allí por mucho tiempo.

"Nosotros no", reconoció ella. "Los sucesos dictaron otra cosa."

"Las elecciones suelen ser un asunto tumultuoso", sonrió él.

La forma en que se estiraba el rostro, revelando una sombra de cicatriz, era como un rostro que asomara por debajo de una máscara.

¿Has pensado en la tercera prueba? continuó preguntando.

Ella disimuló su sorpresa.

¿La Prueba de las Hierbas? Confieso que mi atención se ha centrado en nuestras tribulaciones actuales.

Quizá sea prudente comenzar a pensar en el futuro —le aconsejó Lord Ishaan—. Muchos de los que ahora son tus aliados partirán al llegar a un refugio, regresando a Sacromonte.

Es cierto —admitió ella con cautela—, pero como conozco poco la naturaleza de la tercera prueba no puedo asegurar si eso será una desventaja.

Además, Song pretendía integrarse a la Guardia, y lo mismo aplicaba para Brun. Sin los infanzones a su lado, nada impediría que los tres hicieran causa común en la Prueba de las Hierbas. En cambio, era Lord Ishaan quien parecía quedar expuesto, ante sus ojos. ¿Quién más permanecía a su lado, aparte de Shalini?

"Rara vez es ventajoso estar solo", dijo Ishaan y se encogió de hombros. "No te urgiría tomar una decisión prematura, pero ten en cuenta que Shalini y yo estaríamos encantados de que nos acompañaras cuando llegue el momento."

Un no cortés ya rondaba en su mente, pero Angharad se detuvo. Observó en cambio al noble del otro, con su postura cansada y las líneas de insomnio que aún se notaban en la mitad visible de su rostro. Ishaan Nair no parecía tan siniestro en ese instante, solo un hombre agotado, sintiendo cómo la sombra del abismo se acerca paso a paso.

"Tienes que saber que eso no luce bien", susurró en voz baja. "No hablan mal de ti, Lord Ishaan, pero también se van."

Él suspiró, acariciándose el cabello con la mano.

Lo sé —respondió Ishaan—. Es...

La someshwari dudó.

Supongo que lo aprenderás con el tiempo —finalizó diciendo Ishaan—. Las reglas no escritas solo llegan hasta cierto punto. El contrato de Shalini tiene... desventajas.

Angharad no pudo confesar que una vez había visto al tirador disparar dos veces en el ojo de Tupoc en menos que un parpadeo, sin revelar detalles de su propio contrato. Pero la destreza sobrenatural de Shalini con las pistolas no era un secreto.

No son visibles —admitió ella.

No lo serían en el lugar donde la viste usarla —dijo Ishaan—, pero aquí afuera es otra historia. No entraré en detalles, pero podría decirse que cuando ella usa el contrato, a veces atrae... atención.

Se detuvo, dejando que las implicaciones de esa palabra calaran profundamente.

¿Espíritus?

“Dioses, lares, lemures,” coincidió. “Quizá incluso aquellos que usan signos. Aquí en el laberinto, generalmente han llamado la atención los restos, los ecos de dioses fallecidos. Deberías haber encontrado algunos.”

Solo uno, pero había sido memorable. Yarezi habría caído del risco de no haber sido por Angharad, que la sujetó por el cuello cuando apareció aquella criatura chillona.

“Abstenerse de usar el contrato evitaría poner en riesgo muchas cosas,” dijo con cuidado.

Siempre hay que avanzar con cautela cuando se habla de contratos. Ishaan frunció el ceño, resignado, como si esperara mostrar desprecio.

“Sería lo mejor, si ella lograra hacerlo,” afirmó. “Hay motivos por los que buscamos a la Vigilancia, Lady Angharad. Nuestros contratos ambos se beneficiarían de las lecciones que tienen para ofrecer.”

Angharad se dio cuenta de que no siempre puede controlar cuándo usa el contrato, o al menos no siempre, lo cual resulta casi igual de condenable. Cada vez que Shalini utilizaba su contrato, encendía una señal de aviso para cualquier criatura que pudiera acechar, y no podía prometer que dejaría de hacerlo. Espíritu durmiente, no es de extrañar que su tripulación siga sangrando gente, especialmente aquí en el laberinto, donde las causas y efectos serían aún más evidentes que durante la Prueba de las Líneas. No todas actuaban por malicia, pensó Angharad, pero no sorprendía que muy pocos apoyaran al Lord Ishaan en debates anteriores. Quizá no era maldad, sino que aún así ponía en peligro sus vidas.

¿Y qué más podía hacer, si no abandonar a la amiga de la infancia con la que había llegado hasta aquí?

La parte más fría de ella, aquella que su padre le había enseñado, susurraba que quizás él simplemente había enviado a toda la tripulación de Tupoc a su muerte para que tuviera menos opciones aparte de quedarse con la suya. Si todos se hubieran reunido esa noche en el Antiguo

Fuerte y Angharad hubiera sabido que la puerta de Ishaan conducía al final del laberinto, sin duda habría negociado para que sus tripulaciones unieran fuerzas y regresaran juntas. Y en cierto modo, pensó, el Someshwari había obtenido lo que deseaba: todos avanzaban ahora como una sola tripulación.

Pero él no había conseguido lo que necesitaba: Ishaan no tenía autoridad aquí, y si el contrato de Shalini empezaba a causar problemas, seguramente serían expulsados, quizás con violencia. Todo por una única puerta que podía usar, lo que hacía que cualquier reclamo de que esa puerta fuera “suya” fuera simplemente viento.

“Tal vez hubieras hecho aliados más firmes si lo hubieras revelado desde el principio,” le dijo ella.

“No habríamos tenido aliados en absoluto,” respondió, sacudiendo la cabeza. “Es mejor tenerlos por un tiempo que nunca tenerlos.”

Por mucho que desestimara su método, no estaba segura de que tuviera razón. Y no mentía, eso se lo concedería. Pero eso no compensaba el hecho de que había condenado a cinco de los que participaban en la prueba a la muerte. Como si percibiera su desaprobación, él se volvió por completo, la luz capturando el lado marcado en su rostro que enfrentaba a ella al fin, coloreado en una mitad como si fuera un rostro completamente distinto.

“Hay más que decir,” le confió. “Pero quizás no sea este el momento ni el lugar.”

“Quizá no,” respondió Angharad, inclinando ligeramente su cabeza.

Lo dejaron así, continuando su descenso por las escaleras. Solo que no pasaron más que uno o dos minutos cuando ella detectó un destello de movimiento detrás de ella — había sido traicionada, pensó Angharad. Él quería deshacerse de ella, como había hecho con Tupoc, sin que ningún otro capitán anterior sufriera lo mismo y... entonces comprendió que Ishaan no la atacaba, sino que caía.

Sobre ella.

Gritando, él cayó hacia adelante y en una decisión rápida Angharad alcanzó a vislumbrar lo que había delante.

(El hombre en su espalda, ambos rodando, cortando las piernas de Ferranda desde atrás al caer por las escaleras y gritar-)

De niña, Angharad había pasado seis meses siendo enseñada por un hombre de rostro severo y tatuado de Uthukile, quien afirmaba ser el Príncipe de la Colina Negra. Sus lecciones siempre trataban sobre lo que él llamaba “el juego del vendaval”. La Isla Baja estaba en constante asedio de tormentas, le había dicho, con el mar y el viento esculpiendo profundos surcos en sus acantilados y cañones. De esos peligros constantes, la gente de la Isla Baja había aprendido lecciones. La visión de su madre respecto a esas enseñanzas era más sencilla: él está aquí para enseñarte cómo caer, solía decir. Hacia la calma, pensó Angharad, inclinándose hacia adelante cuando Ishaan la golpeó por la espalda.

El peor error que podías cometer era luchar contra el vendaval. El vendaval siempre ganaba.

Con la barbilla metida, los brazos en alto, y aceptando la caída, y aún así, cuando Ishaan alcanzó las escaleras, ella seguía cayendo hacia adelante. Había gritos, pero ella los ignoró, girando con la caída y rodando para amortiguarla. La piedra le rozó la espalda por apenas un instante, pero se adelantó y terminó el impulso. Sus botas tocaron la piedra, un dolor que subía por sus piernas, y por medio docena de pasos resbaló por las escaleras estrechas con los dientes apretados. Su pierna izquierda avanzó un poco, pero no antes de que ella frenara, su impulso disminuyendo lentamente hasta detenerse, quedando medio agachada, mucho más allá de Ferranda y Zenzele —que se apartaron sin que ella siquiera notara.

Jadeando, Angharad se levantó erguidamente y se sacudió los hombros.

“Caigo, me levanto,” le dijo al viento, como su maestra le había enseñado. “Intenta de nuevo si te atreves.”

No hablaba matabelí, aunque el dialecto de Uthukile y Umoya compartían raíz, por lo que no estaba completamente segura de que esas palabras significaran realmente eso. El Príncipe había sido un mentiroso descarado, y la única vez que le contó a su padre esas palabras, este se ahogó y le ordenó no repetir las delante de los invitados. Sin embargo, encontraba algo satisfactorio en decirlas en voz alta, pensó. Casi como una oración de victoria. Ese pequeño instante de satisfacción fue breve, pues los gritos desde arriba la obligaron a girarse hacia ese lado.

Tanto Zenzele como Ferranda parecían bien, pero Ishaan resultaba herido, lo vio mientras cuidadosamente subía. Él sostenía el brazo y tenía un moretón en el rostro. También, no era la fuente de los gritos.

“Te vi empujarlo,” insistió Shalini, con la pistola en mano.

“Yo no estuve cerca de él,” replicó Yaretzi con dureza. “¿Debo ser llamada asesina solo porque él quiso tropezar?”

Alguien intervino entre ellas, pero al ser Tupoc Xical, más que tranquilizadora, resultaba inquietante.

“Tú tienes razón,” reflexionó el Izcalli. “Estoy segura de que que ella sea una asesina no tiene nada que ver con que Nair sea un torpe.”

La pistola se movió del primer Aztlán al otro, que Angharad reconoció como el momento en que Shalini perdió el control del público. Tupoc era odiado, y sospechaba que solo hacía falta un incidente más para que fuera rechazada; apuntar esa arma a varias personas hacía que Shalini pareciera nerviosa, fuera de control. Eso le había costado credibilidad y, dado que nadie más parecía haber visto lo ocurrido, su credibilidad decidiría el resultado. Mientras Angharad apretaba los dientes y pensaba en cómo intervenir — ¿qué podría lograr Yaretzi atacando a Ishaan? — la víctima real habló por sí misma.

“¡Baja el arma, Shalini!”, dijo Ishaan, levantándose con una mueca de dolor. “Sentí que algo empujaba mi espalda, pero supongo que pudo haber sido el viento.”

Había una brisa, aunque débil. La otra Someshwari parecía estar conflicted, pero finalmente notó las miradas hostiles que su actitud con el arma estaba provocando. Con los dientes apretados, guardó la pistola, y hubo un ligero ajuste en el orden de descenso. Yaretzi se situó detrás de Angharad, observando con cautela a la pareja desde Ramaya, y la bajada continuó con un espacio mayor entre los escaladores que nunca. Nadie quería ser blanco de otra acusación.

Aún así, les tomó casi una hora llegar a la base después de aquello.

Desde abajo, la fortaleza-templo parecía aún más imponente. La piedra natural, cubierta de líquenes rojos, los condujo hacia enormes puertas de bronce abiertas. Encontraron pequeños estanques con agua estancada que rodearon, pero rápidamente todos se congregaron frente a los pocos peldaños que daban acceso al templo. Hubo cierta duda, pero el camino hasta las puertas había sido tranquilo y ninguno quería pasar el día esperando fuera. Subieron las escaleras con precaución, atravesando la piedra roja del piso y entrando en la vasta sala interior.

Las lámparas colgaban de vigas apenas visibles, lanzando destellos de luz amarillenta sobre paredes cubiertas de tapices y trofeos. Parecía no haber orden ni lógica en lo que allí colgaba. Angharad vio juguetes infantiles junto a escudos plateados adornados, luego un mosquete junto a lo que sospechaba era un collar de fertilidad pereduri. Colmillos de marfil, joyas, espadas: todos colocados sobre lienzos de lana, lino y sedas que representaban desde guerras hasta la gracia del Dios Durmiente descendiendo sobre los indignos. La magnitud de todo ello debería haber provocado asombro, pero de alguna manera Angharad no pudo evitar sentir que observaba un tesoro de avaricia, como el botín de una urraca.

Al final del pasillo, se encontraron con la sala de audiencia, iluminada por las mismas lámparas suspendidas, y en la plataforma central la noblewoman vio por primera vez al espíritu con quien debían negociar. Un ave de vivos colores, del tamaño de un carruaje —un pavo real con plumas del rabo recogidas— llevaba en su espalda una cuna dorada, en la cual reposaba la figura momificada de un hombre con ropas de seda roja. Ni espíritu ni montura se movieron a medida que el grupo se acercaba al umbral de la puerta. Angharad, respirando profundamente, fue la primera en cruzarla y hacer una reverencia respetuosa al espíritu momificado.

“Honorabilísimo anciano, le saludo”, dijo.

Hubo un largo momento de silencio, hasta que el ave soltó un graznido.

“Baja, niño,” dijo el espíritu. “No ha respondido a nadie en muchos años.”

Los ojos del pavo real, de un azul brillante y muy abiertos, la miraban con diversión. Angharad tragó saliva.

“Honorabilísimo anciano, le saludo”, intentó decir.

El ave olfateó.

“¿Me estás ignorando a mi maestro?”, preguntó.

Angharad tragó saliva de nuevo, sin saber muy bien qué responder, hasta que el ave empezó a reírse.

“Está bien”, bufó el pavo real. “Él está muerto.”

Un suave juramento en samratrava desde detrás de ella, que reflejaba claramente cómo se sentía, y entonces Lord Ishaan acudió a su lado, haciendo una reverencia entre una mueca de dolor. Su brazo seguramente aún le dolía. Dijo algo en la misma lengua, lo que hizo que el espíritu del pavo real se pusiera a arreglarse el plumaje y asintiera, asentando la cabeza y haciendo que el cadáver sobre su lomo se moviera inquieto.

“Ella es una mayura, Lady Tredegar,” le respondió Ishaan en Antigua. “No exactamente un dios, ya que no vienen solas. Ellas son—”

“Las monturas divinas más nobles y excelsas que jamás existieron,” se burló el espíritu, posando con gracia mientras sus plumas caían en un resplandor deslumbrante. “¡Contemplad mi grandeza!”

Un momento quedó suspendido en el aire. Por lo que ella podía discernir, las plumas que observaba no tenían nada de espiritual.

“Son plumas muy bonitas,” finalmente dijo Angharad.

El pavo real se arregló el plumaje, desplazándose con parsimonia sobre sus delgadas patas.

“Sirven como monturas de los dioses de la victoria,” dijo Ishaan con tono suave. “Cuando sobreviven a sus jinetes, suelen volverse... excéntricos.”

Ella lo miró de reojo.

“¿Dioses de la victoria?”

“Cuando se logra una gran victoria, a veces nace un dios de ella,” le explicó la Someshwari. “Son hijos del Seis-Cabezas, pero tienen voluntad propia.”

“También los sacan de las derrotas.”

Angharad giró la cabeza, viendo cómo Yong se le acercaba mientras ella estaba distraída.

“Una criatura rastreadora salió de los campos en Diecai, unas semanas después,” le contó la Tianxi. “La Guardia tenía un grupo libre preparado para acabar con ella.”

“No había oído nada, aunque no veo motivo para no creer en un veteranísimo del Baile Kuril,” dijo Ishaan diplomáticamente, antes de volver su atención a ella. “Me enseñaron que no es un fenómeno tan raro en toda Vespari, pero que los lazos de mi pueblo con las verdades más profundas de la Ortodoxia hacen que ocurra con mayor frecuencia en nuestro dominio.”

El noble de piel oscura casi podía escuchar el eco de cuarenta y ocho guerras religiosas, amargas y aún por luchar, resonando en esa última frase. El Dios Durmiente era una bendición en más de un sentido. Los ojos de Angharad volvieron a posarse en la pav oneja, quien, para su sorpresa apenas disimulada, no parecía molesta por la digresión alejada de ella. La Pereduri pensó que escuchaba casi con ansia.

“¿Quiero entender, noble anciano, que este templo ahora te pertenece a ti?” preguntó.

“Así es,” respondió la pav oneja con alegría. “El Codicioso devoró las entrañas de Kshetra, pero en lugar de apoderarse de este lugar, la propiedad cayó en mis manos.”

Angharad miró a Ishaan en busca de alguna pista sobre si el nombre evocaba algo, pero él suspiró.

“Literalmente significa ‘tierra’,” murmuró. “Hay más dioses menores con ese nombre que señores en Izcalli.”

Ah, pensó ella, no todos los combates suceden necesariamente en lugares que tengan un nombre propio. Resulta extraño, sin embargo, que un espíritu menor haya logrado un templo tan majestuoso. La distracción momentánea fue recompensada cuando otra persona apareció, aunque la presencia de Song al unirse a ellos antes de que el espíritu pudiera interrumpirle fue muy bienvenida.

“El Codicioso,” repitió Song. “Es un nombre temible; ¿nos contarías acerca de tu enemigo divino, poderoso dios?”

El pavo real se arregló nuevamente, presumiendo de su linaje con orgullo. Angharad comenzaba a sentir algo de remordimiento por ello.

“No es un dios real,” dijo la mayura con desdén. “No vino del Huevo de Oro como nosotros, formando su figura de la nada. Fue forjado hace mucho tiempo, por la—”

El espíritu de repente se detuvo.

“No, no, no,” dijo rápidamente. “Olvido, olvido: las preguntas solo se hacen a cambio de un precio. Para avanzar, para aprender, ¡debéis aceptar mis pruebas!”

La mayura brincó alrededor del estrado, picoteando cosas invisibles. Antes de que Angharad pudiera siquiera entender qué era aquello, cascadas de seda azul y verde cayeron en ondas desde el techo. Cortinas ondeantes los rodearon por todas partes y el espíritu emitió sonidos alegres.

“Solicitantes,” dijo ella, “¡habéis llegado al templo del gran Kshetra!”

Se estremeció un poco, el cadáver reseco en la cuna estremeciéndose también. Si uno entrecerrara los ojos, su brazo podría haber hecho algo parecido a un saludo. Macabro.

"Una encrucijada se presenta ante ti", anunció el pavo real. "En la cima de este lugar sagrado espera el camino que te llevará al final de este laberinto."

Detrás de ella, una luz dorada recorría las sábanas de seda azul como ríos de oro. Traza una silueta, que asemeja la forma del templo-fortaleza tal como lo vieron desde afuera. Se apilaron desordenadamente seis 'placas', cada una marcada como una sección distinta—incluyendo el salón donde ahora se encontraban, en la base del montón. Desde la torre en la cima, un hilo dorado se desplegó, formando un bucle cuyo significado permanecía oscuro.

"Existe otro sendero", dijo la mayura, "para quienes no están preparados para afrontar nuestras pruebas."

En el tercer nivel, un hilo dorado se extendió y se orientó... ¿hacia un lado? Aunque no había nada allí, en su mente, Angharad supuso que algo saliendo horizontalmente del templo iría hacia los acantilados.

"Los azulejos amarillos te devolverán al inicio del laberinto", dijo el espíritu. "Un regalo del gran Kshetra. Sin embargo, tal generosidad debe ganarse."

El lord Ishaan carraspeó.

"¿Cómo podemos ganar tu gracia, gran mayura?"

"Cada uno de los antiguos templos alberga un campeón y su propia prueba", le explicó el pavo real. "Para obtener el derecho a ascender, debes vencerlos."

"Antiguos templos", dijo Song con ligereza. "¿No era todo esto propiedad del heredero del gran Kshetra?"

La mayura se inquietó levemente.

"Solíamos ser doce," dijo, "aunque—"

El espíritu se detuvo, observando a Song, y un destello de ira atravesó aquellos ojos azules.

"Ya no tienes permitido hablar."

Hubo un vaivén en el aire, las cortinas de seda ondulando como si se acercara una tormenta, y Song se inclinó rápidamente en señal de respeto, retrocediendo con cautela. El pavo real la observaba sin pestañear, la mirada desaprobadora la llevó hasta la fila de atrás antes de liberarla. Por más cambiante que fuera el espíritu, había sido peligroso que Tianxi intentara engañarla para revelar secretos sin costo. Lo mejor sería cambiar de tema antes de que la mayura decidiera expresar su molestia de forma más concreta.

"¿Es necesario aprobar las seis pruebas para poder cruzar, venerable ancestro?" preguntó Angharad con educación.

Si eso era así, temía que acabarían con cadáveres. El espíritu soltó una carcajada satisfecha.

"Esta es una tierra de victoria, por encima de todo," dijo el pavo real. "Podrías, en cambio, enfrentar una prueba bajo restricciones, ¡haciéndola aún mayor!"

Angharad ladeó la cabeza. Curiosa por llegar al final de este templo, parecía evidente para todos cuál era la necesidad más apremiante. Sin duda, para ella también.

"¿Cómo puede uno ganar el derecho de pasar al comienzo del laberinto?" preguntó.

"Tres para subir," dijo la mayura. "Otro para cruzar la brecha."

Bastante simple: aprobar la prueba para 'ganar', y pagar el resto con tres restricciones.

"Entonces, esa es la apuesta que te hago", dijo Angharad.

A su izquierda, Ishaan tragó saliva. Sin embargo, el pavo real parecía muy complacido.

"Entonces, actitud correcta. Presento a los desafortunados", dijo, dando saltitos sobre el escenario.

La luz dorada comenzó a retorcerse nuevamente, adoptando la forma de un hombre.

"Ojas el Astuto, a quien debes vencer en un concurso de enigmas que—"

"Próximo," dijo Angharad.

El ave gigante, de alguna manera, parecía tener una expresión de puchero. La luz volvió a cambiar.

"Urvashi Nube-Pie, cuya carrera mortal atraviesa el cielo—"

"Tampoco ella," afirmó Angharad.

"Nadie elige a Urvashi nunca," protestó el espíritu. "Deberías escuchar cómo se queja al respecto."

"¿Y los demás, venerable anciano?" insistió ella.

"Amrinder Campeón-Perpetuo, cuya habilidad es conocer y igualar cualquier destreza en armas que poseas," intentó la pavo real. "Debe ser derrotado en un duelo."

Sorprendida, casi se echó a reír. ¿Un espejo, quizás?

"Él," dijo Angharad. "Yo le enfrentaré."

La mayura agitó sus plumas.

"Una elección acertada," dijo ella. "Hablemos entonces de juramentos. Debes otorgar tres."

"No usaré más que mi sable," ofreció Angharad.

La pava asintió.

“Recibo tu juramento,” afirmó ella.

El aire vibró.

“No emplearé mi contrato,” propuso Angharad.

La mayura se inclinó más cerca, evaluando con aquellos grandes ojos azules, luego abrió su pico para saborear el aire con la lengua. Una frescura recorrió sus venas, la atención del Fisher fue atraída, y la pava retrocedió rápidamente.

“Sí, lo mejor es no incluir eso en la prueba,” dijo el espíritu. “Recibo tu juramento.”

El aire volvió a vibrar. Allí, Angharad vaciló, contemplando qué más podría ofrecer. De algún modo, supo que dejar atrás su capa no sería suficiente, por muy fina que fuera. Una respuesta surgió de un ayudante de lo más inesperado.

“Compadezca a la campeona,” sugirió Tupoc.

Ella se volvió con ceño fruncido.

“Da un golpe mortal,” aclaró él.

Eso sonó... sorprendentemente sensato. Se volvió hacia el espíritu, preguntando en silencio si tal juramento sería aceptado. La mayura lo consideró, luego asintió lentamente.

“Dos veces,” dijo. “Da un golpe mortal en dos ocasiones.”

No se estremeció ante los términos: ¿qué había que temer, al enfrentarse a uno mismo en un espejo?

“De acuerdo.”

“Entonces, recibo tu juramento,” dijo la mayura. “Sígueme, te mostraré el camino. El resto puede esperar aquí.”

--

La espíritu la condujo por pasillos de piedra roja, con pendientes y vueltas que no coincidían con lo que había visto desde afuera. Estaba en constante parloteo, y de manera extraña, insistía en que Angharad fuera la que enfrentara la prueba si su grupo intentaba alcanzar la cima del templo. Cuando ella se atrevió a preguntar por qué, la mayura no tardó en explicar.

“Si mueres aquí, me comeré el cadáver,” dijo, “pero la última prueba es distinta. La apuesta es que aquellos que fallen se convertirán en campeones de este templo.”

La mayura se movía alegremente, sin notar el horror en el rostro de Angharad.

“Parece que sería agradable tenerte de aliada,” dijo ella. “Así que intenta no perder esa prueba, ¿sí?”

Luego, la espíritu agitó su ala y la llevó hacia una puerta de piedra roja.

“Dentro espera Amrinder,” dijo.

Angharad pasó a través de ella.

--

Era un cementerio.

Muros de piedra desnuda se cerraban desde todos lados, inclinándose solemnemente sobre un campo de cenizas. Huesos calcinados asomaban por el gris como sonrisas insólitas, atravesados y rotos por armas suficientes para luchar una guerra: espadas y lanzas, cuchillas curvas, hachas y mangos rotos. Aquí se libró una guerra, pensó Angharad. Una muerte a la vez. La ceniza crujía bajo sus botas mientras se acercaba a la figura espectral en el centro de todo: sentado sobre un montón de carbones y acero, aguardaba un hombre de barba con semblante severo y cabello largo y suelto. Llevaba un chaleco rojo y amarillo amortiguado, cubriendo un sobregado largo adornado con escamas de bronce, pero fue la bandera desgastada en la que se envolvía lo que llamó su atención.

Incluso el color había desaparecido hacía mucho tiempo de la tela, dejando tras de sí un palidecimiento viciado que no hablaba más que de su uso.

“Mi nombre,” dijo el espectro, “es Amrinder. Que mueras con valentía.”

“Un espejo no tiene nombre,” respondió Angharad con sencillez, y drew su espada.

El hombre se sacudió para ponerse de pie, la bandera caía al polvo, ondeando suavemente—era más alto que ella, pensó Angharad, aunque no por mucho. Con delicadeza, casi con gracia, tomó del polvo una hoja curva que se asemejaba a su sable. Se acercó.

“Hábil, para tu edad,” dijo el espectro, como si juzgara su talento. “Pero yo soy eso y más. La arrogancia hace que los duelos sean rápidos.”

A diez pies de distancia, no era nada, pero era todo el mundo. Dos pasos, medidos, y la espada de Angharad empezó a levantarla hacia un saludo de duelista—Amrinder la igualó, aunque sus ojos se achicaron cuando ella se lanzó inmediatamente hacia adelante y atravesó el lado de su cuello. Parada con la mano izquierda, pero su hoja era más gruesa y más lenta. Ella lo mantuvo alejado de su garganta, hasta que giró tras él y colocó la punta de su daga, cerca de la empuñadura, contra la nuca.

“Uno,” contó Angharad, y reculó mientras él la perseguía con un golpe.

Podría haberle clavado la espada en la columna si lo hubiese deseado.

“¿No tienes honor?” soltó el espectro con dureza. “Al atacar durante—”

“Un espejo no tiene honor,” respondió ella.

La furia se reflejaba en su rostro, sus cejas negras fruncidas con enfado. La persecución continuaba, con la guardia en alto igual que la suya, mientras bailaban sobre las cenizas. A diez pies, volvió a medirlos, esquivando un golpe y dejando que el dobladillo de su abrigo rozara las cenizas. El espectro no dejó huellas, pero el ímpetu de sus golpes levantaba ráfagas de ceniza fría—bocanadas apenas esquivadas, trazadas y borradas por el mismo brillo del acero. Parar, cortar, girar con el largo golpe del espectro. No parecía cansarse, aunque con sus brazos más gruesos era más lento: su espada no tan delgada, sus pasos no tan delicados.

El espectro barrió su guardia baja, invitándole a atacar, y ella aceptó la invitación. Un engaño cerca de la cabeza, y de inmediato, un corte ascendente hacia su vientre, pero ella lo interceptó y lo apartó a un lado. En el instante en que levantaba la cabeza para golpearse contra la suya, levantó la mano libre y le dio una palmada en el costado de la garganta. El espectro se ahogó, tropezando medio, y antes de que pudiera estabilizarse, Angharad reculó medio paso, disenganchando su espada y retrocediendo el brazo—la punta quedó contra la hollow de su garganta.

“Dos,” contó Angharad, e inyectó cautela en su movimiento.

El polvo voló mientras la ira del espectro azotaba el campo, sus ojos negros y salvajes al deslizarse con furia, la espada barriendo y ella manteniendo la distancia. Diez pies: ni más, ni menos.

“Hay un truco,” dijo el espectro. “Un pacto. ¿De qué otra forma podrías haber vencido dos veces?”

“¿No es evidente?” preguntó Angharad.

La hoja del espectro se ralentizó, cautelosa pero atenta. Sus miradas se encontraron.

“Juegas como una versión mía,” respondió la bailarina de espejos con calma, “cuando ya soy la mejor de esas versiones.”

Y para su sorpresa, eso le hizo detenerse. La furia en el rostro del hombre barbudo se desvaneció, dejando a su paso huesos de una suave melancolía.

“Había olvidado,” dijo, bajando la espada.

Ella inclinó la cabeza, en guardia. Él sonrió.

“Lo que sentía, la punzada del orgullo.”

Su espadón grueso se deslizó de su mano, cayó en las cenizas, y el espectro le dio la espalda. Ella podría haber atacado, sabía Angharad. atravesarlo por detrás.

La respuesta del Puscador, victoria a cualquier costo.

Así que, en cambio, permaneció allí, mientras el espectro volvía a su asiento y cuidadosamente levantaba la bandera, eliminando con esmero cada rastro de ceniza. La envolvió en sus hombros hasta que quedó como un medio-capa suelta, que caía tras él. Solo entonces subió a la cima del montículo, donde descansaba un asta de madera. Lo arrancó, revelando una lanza larga y gruesa, con una punta tan grande y larga como una mano. El espectro, finalmente listo, la volvió a mirar.

“Mi nombre es Amrinder,” dijo, levantando su lanza. “Cuando cayó la ciudad y vinieron por el maharana, sostuve el jardín solo hasta que cantaron los ruiseñores.”

Su espada se levantó para tocar su hombro izquierdo en señal de saludo.

“Lady Angharad Tredegar de Llanw Hall,” respondió ella. “He bailado diez veces con el espejo.”

“Eres un tonto, Lady Tredegar,” rió Amrinder, por un instante joven. “Que puedas ganar.”

Angharad exhaló, dio tres pasos adelante, y eligió una distancia nueva para luchar. En el siguiente instante estuvo a punto de morir.

El movimiento de Amrinder al bajar la loma fue fluido, casi hipnótico, y cuando sus ojos luchaban por seguir la cabeza de la lanza, ella comprendió demasiado tarde que había subestimado su alcance. El retroceso que dio, por reflejo, convirtió una estocada que hubiera atravesado su garganta en otra que cortó a lo largo de su cuello. Amrinder retrocedió con su lanza, ella tragó saliva, levantó su guardia mientras la sangre comenzaba a brotar por su piel. Un suspiro de miedo, pero sin fuerza. Aquí no había arcabuz, ni multitud de enemigos, ni un perverso mandato. Solo un hombre y un campo, eso era todo lo que enfrentaba. La vida y la muerte estaban en sus propias manos.

Angharad exhaló; la danza empezó de nuevo.

Él era mejor con su lanza que Tupoc. Más rápido, más pulido y lleno de trucos. Un barrido levantó una nube de ceniza en su rostro, pero al captar el brillo del acero, logró bloquear con una pequeña paráfrasis, solo logrando que el pendón ondeara. Cuando reculó, él la persiguió; cuando avanzó, circundó para acosar sus piernas — logrando dos cortes superficiales — y cuando intentó desplazarse para un mejor ángulo, él igualó su movimiento con suavidad. Intentar seguir la punta con la vista era una sentencia de muerte: giraba, deslumbrante y suave, siempre a un pie más cerca de su carne de lo que parecía.

El sudor le corría por la espalda y su respiración se volvía agitada, mientras Amrinder combatía con la implacable energía de los muertos, pero en ella no anidaba el miedo. Había una debilidad, pensaba. Y creía haberla vislumbrado antes, cuando casi la mató. La inclinación del golpe había sido ligeramente desviada. Él se desplazaba hacia la izquierda.

Le tomó tres confrontaciones y un rajo en el dobladillo de su capa para encontrar el momento oportuno. El hacha enterrada en un cráneo fue una distracción que ignoró, pero la alabarda ornamentada y las tres espadas — que estaban juntas como enterramientos — la guiaron en sus pasos. Se movió, observó y esperó, poniendo su atención en sus brazos y no en su lanza. A diferencia de la punta, estos no mentían. Angharad avanzó y el espectro giró a la izquierda, por lo

que ella retrocedió. Él la persiguió, como siempre hacía, y entonces llegó la respiración que la podría matar o coronar.

Amrinder avanzó rápidamente como una serpiente, dejando apenas rastro en las cenizas, y Angharad se adentró en su camino. Tenía la intención de evitar el acero por completo, pero la punta de la lanza era demasiado ancha: se hundió en el costado de su chaleco en lugar de quedar atrapada en su abrigo como deseaba. De cualquier modo, apretando los dientes por el dolor al sentir cómo el acero mordía su carne por encima de las costillas, enrolló su abrigo y atrapó la lanza. El espectro, sin dudar, dio un paso atrás para desgarrar su lanza.

Y Angharad triunfó.

Había rodeado las espadas salientes sin pensar, persiguiéndola, pero luego la había atacado — y al atacar, Amrinder se desplazó hacia la izquierda. Ahora, dio un paso atrás y cayó justo en las espadas que había evitado, tropezando, y Angharad avanzó con un grito. Con el brazo extendido hacia adelante, la punta apuntando, hundió su sable en el corazón del espectro, mientras su espalda chocaba con las cenizas. Llegó a atravesar la armadura acolchada, hacia lo que debería haber sido carne, pero no era nada en absoluto. Era como si Angharad hubiere golpeado el aire, y el aire era lo que sus ojos vieron.

“Oh,” susurró Amrinder con los ojos brillantes.

Un latido después, ella miraba solo una bandera desvaída, respirando con dificultad. Angharad cayó de rodillas en las cenizas, con los ojos cerrados, temblando ante la fría brisa repentina.

Victoria.

—

El pavo real la esperaba más allá de la puerta.

“Muy emocionante,” cuchicheó mientras guiaba a Angharad hacia abajo. “Fue un placer verlo.”

La Pereduri se abrochó la abrigo con firmeza. Ahora que el sudor se había enfriado, olía mal y sentía frío.

“Tus compañeros pensaron lo mismo,” agregó la mayura.

Los pasos de Angharad se tambalearon.

“No entiendo tus palabras, honorable anciano,” dijo ella.

“También observaron,” dijo suavemente la mayura. “No pude darles los sonidos como solía hacer Kshetra, pero mover figuras está dentro de mi poder.”

La luz dorada, pensó Angharad, esa que se movía como el agua. ¿Había hecho algo imprudente? La noble aún se preguntaba si debía sentirse mortificada cuando el espíritu la llevó de regreso a los

demás. Sus temores, aún en parte, se disolvieron al ver que una multitud se formaba a su alrededor en un abrir y cerrar de ojos, todos parecían querer palmearla o hablar con ella. Fue un poco abrumador, por lo que agradeció cuando Isabel le tomó del brazo y la retuvo un poco. La multitud se calmó tras unos momentos, y entonces fue el turno de Angharad para hablar.

Había superado la prueba, así que ahora deseaba recibir el premio.

El espíritu no puso objeciones, aunque ya hablaba de cuándo regresarían todos. Una vez que la mayura les mostró el camino correcto, el trayecto fue sencillo. Subieron dos tramos de escaleras, y luego cruzaron un estrecho puente de madera blanca que ya estaba bajado cuando llegaron. Lo atravesaron hacia el lado izquierdo de los acantilados que rodeaban el templo, atravesando un santuario vacío donde el viento resonaba como campanas tenebrosas.

Desde allí, tal como el espíritu prometió, los azulejos amarillos marcaron un sendero hacia adelante.

Les llevó por escaleras y santuarios, hasta llegar a una larga cresta formada por la cúpula colapsada de un templo. Era uno de los puntos más altos del laberinto, suficiente para discernir vagamente una extensión en todas direcciones, y en la luz dorada de la máquina de éter, percibieron un camino descendente. Siguiendo los azulejos amarillos — que se hacían cada vez más escasos, pero no desaparecían — avanzaron por una ruta elevada de techos y ruinas vacías durante medio día, sin más descanso que para comer.

A medida que avanzaba la tarde, Angharad reconoció su primer santuario: aquel con forma curva donde Lady Inyoni había caído ante la prueba del dios de las ruedas dentadas. Al compartir esa observación, revitalizó la energía decayente de todos y redoblaron sus esfuerzos. La última baldosa amarilla, encontrada tras una agotadora bajada de una escalinata tan enorme que parecía más bien un muro, les condujo a todos sobre un estrecho pasadizo que conocían como el Santuario de la Serpiente. Estaban de regreso, las luces lejanas del Fuerte Viejo los hechizaban con su llamada a la seguridad.

Song y Angharad fueron las primeras en bajar la cuerda y permanecieron juntas mientras todos se reunían para regresar al fuerte. Ambos estaban demasiado cansados para conversar. Los últimos quince minutos de caminata parecieron una eternidad, pero al ver saludarlos con ondas a los guardias en las murallas, Angharad exhaló profundamente. Atravesaron la abertura en la empalizada, regresando al santuario, y al pisar el terreno del patio algo se aflojaba en los hombros de la noble. Saber que había arcabuces en las almenas, que la Guardia velaría por su protección, le brindaba tranquilidad.

“Creo que necesito tomar una siesta,” le dijo a Song. “Sé que no es correcto, pero me estoy deshaciendo.”

La Tianxi no respondió, y cuando Angharad miró con curiosidad, vio que Song se mantenía tensa. Ella miraba hacia atrás y los Pereduri siguieron su mirada, dándose cuenta de que descansaba sobre los rezagados del grupo—Lan, Acanthe, Felis. Uno de los guardias en la entrada, un joven con aspecto malaní, puso una mano en el pecho de Felis al cruzar la brecha. El hombre miró con furia, aún más al olerse el aroma de su uniforme y luego aspirar dos veces más. El Sacromontano

dijo algo que Angharad no alcanzó a oír, y eso pareció asustar al guardia, quien retrocedió.

No, comprendió Angharad. El joven malaní miraba en otra dirección, hacia los kampos. En su muro, el teniente Wen estaba recargado, comiendo de un cuenco con aquellas horrendas crispetas de hongos que tanto gustaban en Lierga. El joven vigilante asintió y Wen suspiró antes de levantar la mano.

“¡PRIMERO EN LA SALIDA!” gritó la Tianxi.

Los ojos de Felis se abrieron en asombro, Angharad lo vio claramente desde donde estaba.

“Espera, no, yo—”

La mano del grueso teniente cayó con fuerza y tres docenas de arcabuces crepitaban en un estruendo ensordecedor.

El humo salió en densas columnas desde todas partes, extendiéndose en medio del silencio absoluto del patio, mientras el cuerpo mutilado de Felis caía al suelo.

“Ya les advertimos,” dijo el teniente Wen. “Si haces un contrato en las ruinas, debes reportarlo de inmediato, o te dispararán.”